## José Luis Velázquez Jordana

# "Necesitamos dotar a la solidaridad de mecanismos más inteligentes y eficaces para combatir la pobreza y las guerras, y aquí el papel de los estados democráticos es esencial"

**Este número lleva por título "Ética y Solidaridad" y, si no estoy equivocado, una de las principales tareas del filósofo fue, desde Platón, definir palabras. ¿Podría precisarnos cuál es el significado, si es que tal cosa existe, de estas palabras?**

La ética y la solidaridad suelen ser dos cosas próximas pero su relación no es obvia. Un grupo de bandidos pueden ser muy solidarios entre ellos y sin embargo, existen reparos comprensibles para admitir que las acciones propias de los bandidos sean moralmente aceptables. Una manera de despejar estos y otros equívocos, consiste en distinguir tres acepciones de moral. La moral es un sistema de normas válidas para todos y cuya transgresión constituye una acción inmoral. Un segundo significado refiere al comportamiento altruista; esto es, procurar el bien de las personas de forma desinteresada incluso a costa del interés propio. Estos dos primeros significados coinciden parcialmente en la medida que la mayoría de los sistemas normativos incluyen exigencias altruistas y por otro lado, existen acciones altruistas que no son normativas, como por ejemplo las acciones de otros animales (elefantes, hormigas, delfines) que carecen de referencias normativas. Esta diferencia entre los dos significados resulta importante tanto para la sociobiología como para diferenciar distintos motivos en las acciones humanas. Así, no podemos afirmar que sea lo mismo una acción químicamente condicionada o por un instinto y una acción humana altruista orientada por normas o por sentimientos como la simpatía y la compasión. Por último, existe un tercer significado de moral vinculada a la pregunta cómo debo vivir. En este caso, lo que resulta ambiguo es la palabra "deber" ya que puede tener un significado intersubjetivo como en la primera acepción o también se puede referir al modo en que cada uno entiende por bueno o por vida buena.

La palabra solidaridad, por su parte, es una palabra muy manida y ambigua ya que se encuentra a medio camino entre la beneficencia y la justicia. Asumimos que existe una obligación de ayudar pero no sabemos con certeza hasta dónde llega esa obligación. Al tratarse de un deber positivo, constatamos un cierto déficit en su justificación en comparación con los deberes negativos. Se puede demandar solidaridad para causas de todo tipo e incluso reprobar moralmente a quienes pudiendo prestar ayuda económica, no lo hacen. Pero las sanciones que se aplican a quienes no cumplen el deber de no matar no pueden ser las mismas que las sanciones que aplicamos a los que no prestan ayuda a los necesitados. Si ponemos a la misma altura los dos tipos de deberes, estaríamos defendiendo una moral para santos y no una moral para seres humanos. Para salir de este enredo, es oportuno delimitar las responsabilidades: hay deberes, como el deber de ayudar, que solo pueden llevarse a cabo de manera colectiva e institucional. Necesitamos dotar a la solidaridad de mecanismos más inteligentes y eficaces para combatir la pobreza y las guerras, y aquí el papel de los estados democráticos es esencial. Los ciudadanos tienen que exigir a sus estados un papel más activo y más comprometido.

**Sin salir del ámbito lingüístico, el propio término "estadística", en su original cuño alemán (*Statistik*) se interpretó como "Ciencia del Estado", algo que, en principio, podría ser competencia directa de filósofos prácticos dedicados a la ética o la filosofía política, como es su caso. ¿Es verdaderamente la estadística una disciplina relevante en términos éticos o políticos?**

La estadística es una rama de la matemática que emplea grandes bancos de datos para establecer inferencias basadas en el cálculo de probabilidades. Dicho así, no resulta fácil advertir qué relaciones existen entre la moral y la estadística. Pero si bajamos a terrenos más concretos es fácil reparar en los aspectos morales de las estadísticas. Si en un pueblo de cuatro habitantes se han vendido cuatro pollos, muchos pensarán que cada habitante se ha comido un pollo. Y esto no es necesariamente así. Las estadísticas, como los bikinis, enseñan aspectos interesantes pero pueden ocultar lo importante. Las estadísticas están sujetas a una metodología y a unas reglas para su elaboración que en caso de no seguirse carecen de credibilidad. Igualmente, si las muestras no son suficientemente representativas, los resultados son poco útiles. Winston Churchill decía que sólo se fiaba de las estadísticas que él mismo había manipulado. Algo distinto es el impacto de las estadísticas sobre nuestra manera de pensar y actuar. Cada año podemos leer informes redactados por organizaciones como la Organización de Naciones Unidas, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o Cáritas sobre la pobreza y el hambre que sufre una parte importante de la humanidad. Aunque se ha logrado paliar un poco la gravedad de las hambrunas y la pobreza, las cifras son desalentadoras: 1200 millones de personas viven con 1,25 dólares al día y 795 millones de personas pasan hambre en el mundo. Estas cifras nos desbordan y descorazonan especialmente cuando cada uno piensa en lo que puede hacer para cambiar las cosas. Quizás aquí conviene recordar que si bien en términos individuales es poco lo que está en nuestras manos, algo más puede lograrse cuando se examina como un problema vinculado a una responsabilidad colectiva. Resulta más eficaz exigir a los gobiernos y estados mayor implicación en la erradicación de estos males que torturarnos primero y aliviarnos después con pequeños donativos.

**Existen distintos indicadores que, de un modo u otro, parecen comprometerse con los intereses de los filósofos morales. La calidad de vida, la satisfacción o el bienestar… son variables susceptibles de ser cuantificadas. ¿Cuáles crees que serían los indicadores principales que servirían para mapear el nivel de desarrollo y progreso moral de una sociedad?**

La idea de "calidad de vida" es un concepto clave en la valoración de las políticas económicas, sociales y legislativas de un país. Inicialmente los indicadores elegidos por los técnicos correspondían a las condiciones materiales, el trabajo, la salud, educación, ocio y relaciones sociales. Sin embargo, estos indicadores ofrecían una imagen imprecisa de la calidad de vida. De modo que se eligieron otros medidores, más subjetivos pero más reveladores para componer una versión más completa de la calidad de vida: la satisfacción global con la vida y con el propósito de la vida. Resulta llamativo que en España, un país tan afectado por una tasa de desempleo muy elevada, unos niveles de desigualdad económica importantes y un funcionamiento lamentable de las instituciones de la justicia, los niveles de satisfacción de la población son muy altos. En España vive mucha gente que es feliz. Ignoro si podemos compararnos con Bután. El rey de Bután ante la reprobación por la pobreza de su país, decidió inventar en 1972 un indicador para medir la calidad de vida denominado felicidad nacional bruta que incluye muchos valores asumidos por los ciudadanos y muy descuidados

*La idea de "calidad de vida" es un concepto clave en la valoración de las políticas económicas, sociales y legislativas de un país*

por los gobernantes: conservación del medio ambiente, promoción de valores culturales y el establecimiento de un buen gobierno. Con todo esto no quiero decir que la felicidad ciudadana o encontrar un sentido a la vida sea tarea de los gobernantes. Admitir esto significa darle carta blanca al totalitarismo, de modo que más vale alejarse de los políticos empeñados en mejorar nuestra felicidad.

**En nuestro país algunos de esos datos como, por ejemplo, los relativos a los trasplantes de órganos, exhiben unas cifras que parecen corroborar el alto nivel de compromiso solidario de los españoles. ¿Podemos congratularnos por estos datos o cree que hay explicaciones ajenas a la sensibilidad moral que puedan dar cuenta de ello?**

Las estadísticas nos dicen que España es el primer país del mundo en tasa de donación de órganos. El éxito, como se ha repetido muchas veces, radica en un fuerte componente altruista y solidario y en una legislación basada en el consentimiento presunto; esto es, a menos que una persona o familiar indique lo contrario, todos los españoles somos donantes de órganos. Apenas un 15,6% de personas rechazan la donación de órganos para trasplantes. Y si no fuera poco, se están ensayando lo que se llama "cadena de trasplantes". El sistema iniciado en el año 2009 consiste en convertir en donante a la pareja del receptor de un riñón, la cual donará un órgano a otra persona cuya pareja pasa a ser un nuevo donante. Pero como esta cadena puede romperse en cualquier punto, tenemos que pensar algún remedio para tantas personas que aguardan en una lista de espera angustiosa. Desde mi punto de vista, nos complacemos en exceso de un sistema exitoso basado en el altruismo y la gratuidad. Deberíamos admitir que algún tipo de compensación o incentivo para los donantes vivos, por ejemplo, de fragmentos de hígado. La mutilación de un órgano requiere internamiento hospitalario, intervención quirúrgica e implica un daño psicológico vinculado a un sentimiento de pérdida y cierta angustia ante la posibilidad de fracaso del trasplante. Además, los donantes necesitan tiempo de recuperación no contempladas en el catálogo de causas para beneficiarse de una baja médica. ¿Qué razón moral de peso existe para negar algún tipo de beneficio proporcionado por el Estado? No defiendo la comercialización de órganos a través de contratos individuales de compra-venta, sino idear formas de contraprestación dentro del sistema de salud público. Admito que es una fórmula que choca con una arraigada sensibilidad moral basada en la compasión y en la solidaridad terapéutica altruista, pero no encuentro motivos para tacharla sin más de inmoral. Perturba la posibilidad de que sean los más pobres quienes se decanten a ofrecer sus órganos a falta de otra posibilidad para obtener beneficios. Si la pobreza es lo que les empuja ofrecer sus órganos, entonces lo condenable es la pobreza. La exagerada valoración del altruismo, correspondiente a un residuo de la tradición cristiana basada en la idea de que el dinero siempre enturbia la moralidad de una acción, impide reparar en que es posible actuar moralmente bien a pesar de recibir algo a cambio. Al fin y al cabo, ¿no hablamos de precio justo?

**Acabamos nuestros encuentros pidiendo a los entrevistados un esfuerzo de imaginación. ¿Cómo ve la sociedad española dentro de 20 años? Denos un temor, una prioridad y un deseo para nuestro país.**

El principal temor que albergo radica en la posibilidad de que nuestra situación política siga encallada o encanallada, que la esperanzas de transformación queden frustradas por la negativa, la incompetencia, la idiocia o la resistencia de una generación de políticos que ya no tienen los pies en el suelo. Soy consciente que la ciudadanía no siempre expresa con claridad lo que quiere cambiar, ni tampoco los líderes políticos tienen el oído muy fino para interpretar las demandas ciudadanas. Pero lo peor de todo es cuánto tardamos en corregir un error. Si una constitución ha estado vigente casi cuarenta años y hemos detectado fallos muy gordos, entonces hay que cambiarla. Mucho me temo que esto no ocurrirá, lo cual alimentará un resentimiento muy difícil de extirpar. Dentro de 20 años me gustaría que la sociedad española corrigiera algunos vicios cívicos. El amor al ruido, la grosería y el desprecio a la formación cultural han propiciado la aparición de unos nuevos bárbaros que han sustituido el hacha por el teléfono móvil o la *tablet*. Modificar esta situación es un deseo razonable aunque difícil. La prioridad, la erradicación de la desigualdad económica extrema mediante la revisión del derecho a la propiedad privada y la reforma de las condiciones laborales contractuales de los jóvenes trabajadores. Es prioritario sofocar una situación muy próxima a la esclavitud asiática. Creo que tienen que pasar más de 20 años para poder ver todo esto pero no podemos levantarnos cada mañana pensando que nos merecemos la esclavitud. Eso no es propio de seres humanos.


## D. JOSÉ LUIS VELÁZQUEZ JORDANA

Catedrático de Ética en la Universidad Autónoma de Madrid. Miembro del Grupo de Investigación "Influencias de las éticas griegas en la filosofía contemporánea" (Ref. F-055). Responsable de la edición del libro de L. Wittgenstein Not*as a la Rama Dorada de J.G. Frazer* (Tecnos) y autor del libro *Del Homo al embrión. Ética y Biología para el siglo XXI* (Gedisa). Actualmente prepara la publicación que llevará por título *Ética y Cerebro.*